

Conejos en el Valle de la Muerte

Daniel Serrano

Personajes:

Renato El que está en contra

Gerardo El novio

Mario El que está a favor

1. Antitransferencia y Disneylandia	2
2. Ver gente muerta	10
3. La última cónyuge y el cáncer.	16
4. El pintor calvo.	24
5. La decisión de la transferencia	28
6. La tregua	32
7. El valle de la muerte	37

1. Antitransferencia y Disneylandia

Renato y Gerardo.

Gerardo ve la televisión. Renato está escribiendo.

Renato.- Entonces yo podría ser aclamado por las multitudes, y tú, desde tu butaca, sonreirías, y aplaudirías discretamente, sin que nadie te viera, porque a ti los aplausos que más te gustan son los internos.

Gerardo no lo voltea a ver.

Renato.- Escucha. “Los motivos por los cuales la transferencia debe de desaparecer para siempre”. Por Renato Vergara.

Gerardo no lo voltea a ver.

Renato.- ¿Me quieres escuchar?

Gerardo.- A ver.

Renato.- Bájale.

Gerardo. Así escucho.

Renato.- Así no puedo.

Gerardo le baja.

Gerardo.- Soy todo oídos.

Renato.- Tiene letritas.

Gerardo.- (*Irónico*) ¿Neta? Yo creí que lo habías escrito con puros monitos.

Renato.- La tele. El programa tiene subtítulos. Quiero que también seas “todo pupilas”.

Gerardo se clava en la televisión.

Renato.- Ándale. Quiero saber qué opinas.

Gerardo, sin molestarse, apaga la televisión.

Gerardo.- Soy todo. Arráncate.

Renato.- Los motivos por los cuales la transferencia debe de desaparecer para siempre. Retar a la naturaleza siempre ha estado en la misma naturaleza del hombre. Lo que hace 50 años era un adelanto científico sin precedentes, ahora se ha repensado, y es momento de darnos cuenta de que la transferencia, más que soluciones, trae conflictos. Pasar una enfermedad terminal de un cuerpo a otro, impunemente, para que el que pueda pagar el tratamiento se alivie, va en contra de los designios divinos y humanos. La transferencia se

ha salido de control, ya son muchos años. Y a continuación enlisto los motivos por los que tiene que desaparecer. Uno: La vida humana debe tener necesariamente un ciclo que nadie puede violentar. Dos: La transferencia se ha convertido en un acto mercantil, pueril. Tres: El acto de la transferencia se ha pervertido al no respetar las tres mínimas reglas: Nunca el transmisor debe ser mayor que el receptor. Nunca se deben conocer, ni saber de dónde vienen. Nunca se deben transmitir enfermedades agresivas. Así que espero que la Suprema Corte de Justicia ponga fin a esta masacre para los que menos tienen. Se debe, además de prohibir, iniciar una cruzada para destruir todas las máquinas de transferencia.

Gerardo.- ¿Te estuviste toda la tarde escribiendo eso?

Renato.- Todavía no acabo. Parece que no te gusta la idea.

Gerardo.- ¿Es para la tribuna?

Renato.- ¿Te cagó?

Gerardo.- Me gusta. Lo que no me gustan son las palabras perdidas.

Renato.- ¿Cuáles palabras perdidas?

Gerardo.- Las de las batallas...

Renato.- No es una batalla perdida. ¿Por qué no me apoyas?

Gerardo.- A mí no me gustan ni las balas, ni las palabras, ni las batallas perdidas. (*Breve pausa*) Tienes todo mi apoyo.

Renato.- Cuatro: La mortalidad es necesaria para el desarrollo de la civilización.

Gerardo.- Morirse es el acto más indigno que conozco. Para empezar, terminas acostado, cuando acostarse es un acto íntimo, no público. Y la muerte termina resultando un acto público.

Renato.- Cinco: La transferencia ha obstaculizado el avance médico. La investigación se ha estancado.

Pausa.

Renato.- ¿Cómo ves?

Gerardo.- Eres brillante.

Renato.- No te burles.

Gerardo.- Lo digo totalmente en serio.

Renato.- ¿Lo crees de verdad?

Gerardo.- Eres demasiado inseguro. Pero va a depender en dónde le des el énfasis a la hora de la perorata. Va a depender dónde hagas la pausa, y con qué palabra acompañes el manotazo en el estrado.

Renato.- Eso es de artistas, ¿no?

Gerardo.- ¿El manotazo?

Renato.- No, lo de ser demasiado inseguro.

Gerardo.- Es de todo el mundo. A ver ¿cuándo has visto un político seguro, por ejemplo?

Renato.- He visto a muchos.

Gerardo.- Tienes razón, sólo era para darte ánimos.

Renato.- Es más fácil encontrar un político seguro, que un artista seguro, ¿no?

Gerardo.- Por lo menos los políticos son más buenos para fingir, ¿no?

Renato.- La disertación eterna. (*Breve pausa*) ¿Crees que alguna vez pueda escribir una obra de teatro?

Gerardo.- ¿Cuántas veces lo has intentado?

Renato.- Bueno, pues hice algunas cosas, algunos trazos...

Gerardo.- O sea, nunca.

Renato.- (*Se entusiasma*) ¡Tengo una historia buenísima!

Gerardo prende la tele, pero sin volumen.

Renato.- Se trata de una familia que va a Disneylandia. Son el papá, la mamá, y la hija de 7 años. No tiene hermanos.

Gerardo.- ¿Por qué?

Renato.- (*Duda por un momento*) Pues... ¡No sé! No importa.

Gerardo.- A ver.

Renato.- ¿A ver qué?

Gerardo.- No, síguele.

Renato.- Pues entonces son una familia feliz, y van al lugar más feliz de la tierra.

Gerardo.- ¿Disneylandia?

Renato.- Sí. Así dice en la entrada, ¿Sabías?

Gerardo.- No.

Renato.- ¿No has ido a Disneylandia?

Gerardo.- Si, pero no me fije.

Renato.- ¿No te fijaste que estabas llegando al lugar más feliz de la tierra?

Gerardo.- Pues no... (*Duda*) Bueno, tal vez sí... No lo sé... Pero lo que sí, es que no me di cuenta por el letrerito...

Renato.- Ese es el chiste, que sea el lugar más feliz de la tierra, si no, no.

Gerardo.- ¡Ándale!

Renato.- Y de pronto, sale Tribilín.

Gerardo.- ¿Qué anda haciendo Tribilín en Disneylandia?

Renato.- Allí vive.

Gerardo.- ¿Tribilín vive en Disneylandia?

Renato.- ¡Goofy!

Gerardo.- ¿Qué tiene?

Renato.- Tribilín y Goofy son la misma persona, nomás que uno es en inglés y el otro en español.

Gerardo.- ¡Ah, ese Tribilín! Es que yo conocí a un bato que trabajaba en una llantera que le decían Tribilín. ¡Y me lo imaginé en el lugar más feliz de la tierra!... Y pues como que no me checaba.

Renato.- Ya ni chingas.

Gerardo.- Para el Tribilín el lugar más feliz de la tierra era el Kongos.

Renato.- ¡Te digo!

Gerardo.- Era un table dance a todísima madre que estaba en la zona. Así le dicen en los pueblos a los lugares...

Renato.- (*Interrumpe*) Estaba contando mi historia.

Gerardo.- Y efectivamente, el Tribilín era flaco, alto, dientón. Y era el rey del Kongos.

Renato.- Tú me dices cuando ya hayas terminado.

Gerardo.- Ya.

Renato.- ¿Puedo?

Gerardo.- Creo que no me fije porque iba pacheco.

Renato.- ¡Ya me perdí!

Gerardo.- Que decía que era el lugar más feliz de la tierra.

Renato.- ¿Fuiste pacheco?

Gerardo.- ¿Tú crees que necesitaba leer que era el lugar más feliz de la tierra? ¡Estuvo a toda madre el viaje!

Renato.- Y ahora me vas a decir que Micky te pareció muy guapo y que Petunia te pareció muy buena.

Gerardo.- ¿Y tu historia?

Renato.- ¿Qué?

Gerardo.- Agarras monte a la primera.

Renato.- Ahí va. Resulta entonces que el papá, la mamá y la niña de 7 años van a Disneylandia. Y de pronto, la niña hace una rabieta porque quiere que le compren unas orejas de ratón con moñito que valen como 50 dólares. El papá se niega, la mamá también, y la niña argumenta que es el lugar más feliz de la tierra, y que por lo tanto le deben de comprar las orejas de ratón con moñito. El papá dice que si fuera el lugar más feliz de la tierra, las orejas con moñito no valdrían 50 dólares. Entonces la niña toma aire, y decide dejar de llorar. El papá le dice: ¡Mira, allá, Wendy! Y la familia se dirige para tomarse una foto con Wendy. Entonces, la niña, que en realidad sigue enojada, se esconde en el juego de Alicia en el país de las maravillas.

Gerardo.- El conejo de Alicia me saca de onda.

Renato.- Es igual de pacheco.

Gerardo.-¿Sí?... A mí me saca de onda.

Renato.- ¿Le sigo? Entonces la niña se esconde allí, y los papás no la encuentran, y llega el final del día, y se arma un pedototote, pero la niña se esconde de juego en juego. Y los personajes le ayudan a esconderse, porque la comprenden. Del juego de Alicia, se pasa al de Blanca Nieves. Allí la bruja fea, la de la manzana, le ayuda porque la entiende. En realidad esa bruja no es mala, simplemente está resentida porque la hicieron bien fea estos culeros. El caso es que los personajes, salvo Mickey, le quieren ayudar. De tal manera que la niña se tiene que esconder de sus papás, de los de seguridad de Disneylandia, y de Mickey...

Pausa.

Renato.- ¿Cómo ves?

Pausa.

Gerardo.- Y entonces resulta que el pacheco soy yo.

Renato.- ¿No te gusta?

Gerardo.- Me encanta...

Pausa.

Gerardo.- Pero tu historia tiene varios problemas.

Renato.- Todavía no acabo. El caso es que no encuentran a la niña. Y se hace un pedote mediático, y el lugar más feliz de la tierra se convierte en el lugar más triste de la tierra. Y los papás se amargan, y pasan los días y la niña no aparece. Nadie se da cuenta que de pronto hay un enano más en el desfile de Blanca Nieves. Y pasan las semanas y no aparece. Y un día es un enano, y luego es un duende, y luego Campanita; y pasan los años, y la dan por perdida, y los personajes la siguen protegiendo.... Y así... ¿Te gusta?

Gerardo.- Tiene varios problemas.

Renato.- ¿Cómo cuáles?

Gerardo.- ¿Dónde come?

Renato.- Pues allí. ¿no has visto? Hay un chingo de lugares. ¿No te dio "monchi" cuando fuiste?

Gerardo.- ¡Pero está bien caro!

Renato.- Ella gana dinero.

Gerardo.- Tienes que determinar si la morrita es feliz o no.

Renato.- ¡Claro que es feliz! Está escondida en el lugar más feliz de la tierra.

Gerardo.- Entonces no trae chiste.

Renato.- ¿Por qué?

Gerardo.- Porque a nadie le interesan las historias felices.

Renato.- ¡No mames!

Gerardo.- Algo más tiene que pasar. No sé, que la morra descubra la verdad.

Renato.- ¿Qué verdad?

Gerardo.- Pues lo que hay detrás de todo lo que hay en Disneylandia.

Renato.- ¡Qué chingón, ya salió el título!

Gerardo.- ¿De qué?

Renato.- Lo que hay detrás de la felicidad.

Gerardo.- Suena a libro de superación personal.

Renato.- ¿Pero te gusta?

Gerardo.- ¿El título?

Renato.- Y la historia. ¿Te gusta?

Gerardo.- Pero debe de pasar algo.

Renato.- Pasan los años, y la niña crece.

Gerardo.- ¿No tiene nombre?

Renato.- No había pensado en eso.

Gerardo.- Bueno, no todo lo tienes que resolver ahorita.

Renato.- Su primera gran desilusión es cuando se da cuenta que el real es Pinocho, y que el que es manejado con hilos es Geppetto.

Gerardo.- ¿No vas a meter situaciones sexuales?

Renato.- ¿Crees que funcione?

Gerardo.- Tal vez, aunque eso está muy sobado. Creo que lo que le puede interesar a la gente es qué pasa cuando la niña se hace vieja.

Renato.- ¿Tú crees?

Gerardo.- ¿Y los papás?

Renato.- Enloquecen. Compran el pase anual.

Gerardo.- ¿Qué es eso?

Renato.- Es un boleto con el que puedes entrar todo el año. Los papás lo compran, y van todo los días, con la esperanza de encontrar a su hija.

Gerardo.- ¿Y si uno de los papás se queda a vivir allí?

Renato.- No, porque no son felices.

Gerardo.- Eso sí.

Renato.- ¿Te gusta?

Gerardo.- Petunia no vive en Disneylandia. Es de otras familias.

Renato.- ¿Quién es Petunia?

Gerardo. La cerdita. Tú dijiste hace rato.

Renato.- ¿Y si la niña se llama Petunia?

Gerardo.- No estoy tan seguro que funcione.

Renato.- ¿Y la historia? ¿Crees que funcione?

Gerardo.- ¿Quieres que te diga la verdad?

Renato.- ...

Gerardo.- No.

Renato.- ¡Culero!

Gerardo.- Con todo el amor que te tengo, tengo que decirte que es una mamada.

Renato.- Voy a presentar una controversia contra la transferencia.

Gerardo.- Bienvenido a la realidad.

Renato.- Algún día, cuando sea viejo, cuando ya no necesite trabajar, voy a escribir mi historia.

Gerardo.- ¿Por qué no pruebas con la música?

Renato.- ¡Culero!

Gerardo.- O la pintura. Dicen que ahora es más facilito. Hay un bato que pintó una caja de rojo y ya, se hizo famoso.

Renato.- Necesito que me ayudes.

Gerardo.- Siempre.

Renato. Es en serio.

Gerardo.- Siempre.

Renato.- ¡Chingado!

Gerardo.- Dime.

Renato.- Mario... Con él quiero que me ayudes.

Gerardo.- ¿Qué pasa con él?

2. Ver gente muerta

Renato, Gerardo y Mario.

Gerardo.- No te vas a morir pronto.

Mario.- Veo gente muerta.

Gerardo.- ¿Cómo el morrito de la película?

Mario.- ¿Cuál película?

Renato.- En la que al final resulta que todos están muertos.

Mario.- ¡Ya me echaste a perder la película!

Renato.- ¿Cuál película?

Gerardo.- El psicólogo era el muerto.

Renato.- Los psicólogos juegan con eso.

Mario.- ¿Cuál película?

Renato.- ¿Por qué dices eso?

Gerardo.- ¿Qué?

Renato.- (*A Mario*) Que ves gente muerta.

Mario.- En el Facebook.

Gerardo.- (*Con risa contenida*) ¿Ves gente muerta en el Facebook?

Mario.- Veo que alguien se murió, y de pronto, a esa misma persona la veo en una moto.

Renato.- Por eso, la vuelves a ver en el Facebook.

Gerardo.- ¿Qué te estás metiendo, cabrón?

Renato.- ¿No pensarás que cuando alguien se muere, lo correcto es que pongan una foto de su cadáver en Facebook?

Mario.- Veo gente en la vida real, en el banco, o en el super, o en el taxi.

Renato.- Lo milagroso sería que fueras al banco, o al super, o que te subieras a un taxi.

Gerardo.- Ya me perdí.

Mario.- Voy de nuevo: Alguno de mis contactos lamenta la muerte de alguien en Facebook. Yo veo la foto, aunque no lo conozca. Me impresiona. Esa cara, ese gesto se

me queda grabado en la mente, y al día siguiente, o en un par de días, termino viendo a esa persona en algún lugar público... Las cuentas de Facebook se deberían de cerrar automáticamente cuando el usuario muere, ¿no? El caso es que una vez vi a dos.

Gerardo.- ¿A dos?

Mario.- En un café. Murieron con horas de diferencia. A uno de ellos ya lo conocía. El otro era amigo de un amigo, y que los veo tomando café juntos.

Renato.- Se conocían entre ellos.

Mario.- No. Aparentemente no. Se estaban conociendo.

Gerardo.- Se estaban conociendo después de la muerte. No puedo imaginar una situación más romántica.

Mario.- Tal vez sea un rito.

Renato.- ¿Un rito?

Mario.- Funerario. Hay muchos.

Gerardo.- ¿Muchos qué?

Mario.- Ritos funerarios, ceremonias de muertos.

Gerardo.- Pues yo nada más conozco uno, y ese en el que te meten a un cajón, todo mundo llora un chingo, y luego te entierran.

Renato.- Eso es lo más culero.

Mario.- También te pueden quemar.

Gerardo.- ¿Y eso es menos culero?

Mario.- Los budistas, por ejemplo, velan el cuerpo por 7 días.

Renato.- Ha de oler a madres.

Mario.- Le inyectan formol. Y así, todo mundo va a rezarle por la noche al cuerpo.

Gerardo.- Será a Buda.

Mario.- Y luego lo queman. Los amigos de los familiares les dan dinero y regalo a los deudos.

Renato.- Las penas con pan son menos.

Gerardo.- Ese dicho nunca ha rimado.

Mario.- A los cien días, se hace la última ceremonia para ahora sí despedir al difunto. Con agua bendita, y toda la cosa.

Gerardo.- ¡Qué aferrados!

Mario.- Y los hindúes son más aferrados. De plano creen en la reencarnación.

Gerardo.- Yo quiero reencarnar en el príncipe Al Waleed.

Mario.- ¿Quién es ese?

Renato.- Ha de ser un cabrón millonario que no tiene que trabajar.

Gerardo.- Y tú vas a querer reencarnar en Shakespeare, ¿no?

Mario.- Lugar común.

Renato.- (A *Mario*) No sabía que fueras tan experto en ritos funerarios.

Mario.- Tuve una morrita que era muy clavada en eso.

Renato.- ¿En qué?

Mario.- En ritos funerarios.

Gerardo.- ¡No mames!

Mario.- ¡Es muy interesante!

Gerardo.- ¿La morra entonces era necrófila?

Renato.- Y claro, le gustabas porque tenías muerta esa madre.

Gerardo.- Entonces era necrófaga. ¡Se alimentaba de esa madre!

Mario.- La neta se me acabó el amor, porque la morra tenía el síndrome zombie.

Gerardo.- Este bato si podría ser dramaturgo.

Renato.- ¿Estás inventando?

Mario.- Es un pedo mental. Los que sufren este síndrome, creen que están muertos. Dicen que hasta llegan a oler su propia putrefacción.

Gerardo.- Pinchi bato lenguón.

Mario.- Googléalo, verás.

Renato.- Ha de ser un invento de algún cabrón que nos quiere vender algo. ¡Como está de moda esto de los zombies!

Mario.- El caso es que esta morra presumía que tenía eso, pero a mí se me hace que no tenía la enfermedad, sino que más bien le hubiera gustado tenerla.

Gerardo.- ¡Uta, que hueva!

Renato.- Bueno, pues es que está cabrón pensar todo el tiempo en que te vas a morir.

Gerardo.- A mí lo que me da miedo de morirme es no volver a comer las albóndigas de mi mamá.

Renato.- ¡Qué raro se oyó eso!

Mario.- (A Renato) ¿Y a ti que es lo que te da miedo?

Renato.- ¿Miedo?

Mario.- De morirte.

Gerardo.- A ver...

Renato.- Mejor no lo pienso mucho.

Mario.- Pero te vas a morir.

Gerardo. Todos.

Renato.- Ciclo natural de la vida. Tu no deberías de preocuparte. No estás enfermo.

Mario.- A Dios gracias.

Renato.- Sobre todo porque no vas a poderte hacer la transferencia.

Mario.- No lo tenía planeado.

Renato.- Eso es lo que no entiendo. ¿Por qué apoyas algo que no estás dispuesto a ejercer?

Mario.- No tiene nada que ver una cosa con la otra. Si no, no apoyaría el matrimonio gay.

Gerardo.- ¡Zas! Golpe a favor de Don Mario.

Renato.- Eso tampoco tiene nada que ver. Los ideales y las acciones...

Mario.- (Interrumpe) La transferencia no es cuestión de ideales, es cuestión de acciones. A ver, ¿por qué anular por lo menos una esperanza de vida? ¡Una sola! Corrupta y toda la cosa, pero ¡una sola!

Renato.- Por que es una esperanza falsa.

Gerardo.- Como las paredes de Disneylandia.

Mario.- ¡Qué metáfora tan mamona!

Renato.- Uno ya viene predestinado.

Gerardo.- ¡Eso! Es como preguntarse si el actor nace o se hace. O si el gay...

Renato.- ¿Qué tiene?

Mario.- ¿Nace o se hace?

Renato.- ¿El actor?

Gerardo.- El gay.

Renato.- (A Mario) ¡No sé!

Mario.- ¡Mira qué ignorancia tan oportuna!

Gerardo.- ¿Y si nos tranquilizamos?

Renato.- ¿A qué viniste?

Mario.- A ponernos de acuerdo. Te vas a meter a un activismo imbécil.

Renato.- No tengo otra opción.

Mario.- ¡Estás enfermo! Es tu propia esperanza de vida. ¡Y quieres acabar con ella!

Gerardo.- ¿Estás enfermo?

Renato.- ¡Es natural!

Pausa. Incómoda. Pausa.

Renato.- ¡No estoy enfermo! Y creo que no debemos violentar el curso normal de la vida. ¡Así que voy a seguir en contra de la transferencia!

Mario.- Pues a mí la vida me parece que está a todísima madre, por lo tanto te voy a tumbar tu iniciativa.

Gerardo.- ¡Ya! No se peleen por la vida... ¿O se están peleando por la muerte?

Mario.- ¡Y sí estás enfermo, pero del cerebro!

Renato intenta contestar algo, pero no puede.

Mario.- La muerte es lo más indigno que pueda experimentar un ser humano... Tan indigna es, que nos derrumba, y la recibimos horizontalmente...

Renato sale, furioso.

Pausa incómoda.

Gerardo.- Lo conozco, no va a parar allí.

Mario.- Yo tampoco, y es bueno que lo sepas. Lo estimo mucho, pero en ese tema está equivocado. (*Pausa*) ¿Tú estás equivocado?

Breve pausa.

Gerardo.- No. Pero yo lo quiero más que tú. Así que de alguna manera lo tengo que apoyar.

Mario.- ¿Cómo?

Gerardo.- No sé cómo.

Breve pausa.

Mario.- ¿Cómo estás?

Gerardo.- (*Sin emoción*) Perfectamente.

Mario asiente... Y sale.

3. La última cónyuge y el cáncer.

Renato y Gerardo

Los dos personajes enfrente de la televisión. En ropa totalmente informal. Desfachatados. Ven algún programa gringo.

Renato.- Eso no es posible.

Gerardo.- Todo es posible, y a la vez nada.

Renato.- Ya pareces filósofo urbano.

Gerardo.- Me refiero a la televisión. Para que la disfrutes, tienes que creer todo lo que te dicen.

Renato.- No estoy seguro si la disfruto.

Gerardo.- Porque la cuestionas.

Renato.- Y eso está bien, ¿no?

Gerardo.- No.

Renato.- ¿No está bien?

Gerardo.- No. Simplemente no la veas.

Renato.- Es que cuentan unas historias... Yo tengo mejores...

Gerardo.- ¿Pero sabes cuál es la diferencia entre ellos y tú?

Renato.- ¿Es crítica?

Gerardo.- Que ellos las escriben, y tú no.

Renato.- ¡Tengo una que es estupenda!

Gerardo.- ¿Una historia?

Renato.- ¡Ahí te va! Son 10 hermanos.

Gerardo.- ¿Va a tener 10 personajes?

Renato.- No lo sé. Primero escucha, y luego me dices.

Gerardo.- Pero eso es importante. Si no cómo la vas a producir.

Renato.- ¡Escúchame! Son 10 hermanos. Todos se llevan un año. El mayor tiene 45 años, el menor tiene 35. Todos están casados.

Gerardo.- ¿Hay algún gay?

Renato.- Y entonces resulta que al mayor se le muere su cónyuge el 30 de mayo. Todos sufren mucho. Porque todos se quieren.

Gerardo.- ¡Qué bonito!

Renato.- Y el 30 de junio se le muere el cónyuge al segundo hermano.

Gerardo.- ¿De qué?

Renato.- ¡No lo sé! No todo lo tengo que saber ahorita, ¿o sí?

Gerardo.- No, pues no.

Renato.- Y el 30 de julio se le muere al tercero el cónyuge. Y el 30 de agosto al cuarto hermano. Y el 30 de septiembre al quinto. Y el 30 de octubre al sexto.

Gerardo.- ¡Zas! ¿No es inverosímil?

Renato.- Y el 30 de noviembre al séptimo. Y el 30 de diciembre al octavo.

Gerardo.- Y se acabó el año.

Renato.- Y el 30 de enero al noveno... Y allí empieza la obra.

Gerardo.- ¿Cómo?

Renato.- ¿No te gusta la idea?

Gerardo.- No entiendo.

Renato.- Que no queda más que un cónyuge.

Gerardo.- ¿Y de eso se trata la obra?

Renato.- ¡No! Sólo queda uno... ¿Y qué mes viene?

Gerardo.- Febrero.

Renato.- ¿Ya entiendes?

Gerardo.- No.

Renato.- ¡Febrero tiene 28 días!

Gerardo.- O 29, depende.

Renato.- ¡Pero nunca 30!

Gerardo.- ¿Entonces el último cónyuge se va a morir el 2 de marzo?

Renato.- Allí está el asunto. No lo sabemos. Justamente el 1 de febrero inicia la obra.

Gerardo.- Con todos los personajes demacrados de tanto llorar.

Renato.- Y con el cónyuge del último en total histeria.

Gerardo.- ¡Qué historia!

Renato.- ¿Te gusta?

Gerardo.- ¡Qué gran historia!

Renato.- ¿Te gusta?

Gerardo.- No sé...

Renato.- ¿Por qué?

Gerardo.- Porque hay muchas cosas que resolver.

Renato.- Eso ya lo sé.

Gerardo.- ¿Es una historia de terror?

Renato.- No sé.

Gerardo.- ¡Está clarísimo que es una historia de terror!

Renato.- ¿No te gusta!

Gerardo.- ¡Me encanta!

Renato.- ¡Pero a ti no te gustan las historias de terror!

Gerardo.- No la hagas de terror.

Renato.- Pues no sé. Tendría que ver de qué se murieron. Y cuántos son hombres y cuántas mujeres.

Gerardo.- Y cuántos son gays.

Renato.- ¡¿Por qué no me tomas en serio?!

Gerardo.- Nunca he sido más serio.

Renato.- Lo que no sé es cómo desarrollarlo.

Gerardo.- Y si la última voluntad de esa última cónyuge...

Renato.- (*Interrumpe*) ¡Es una muy buena idea!

Gerardo.- ¿Qué?

Renato.- Que ella piense en su última voluntad.

Gerardo.- ¿Es mujer?

Renato.- ¿La última cónyuge?

Gerardo.- ¡Ya salió el nombre de la obra!

Renato.- ¡La última cónyuge!

Gerardo.- ¡O el último cónyuge! Depende de lo que resulte más sonoro.

Renato.- ¿Crees que eso sea correcto?

Gerardo.- ¿Qué?

Renato.- Que a partir de la sonoridad de un supuesto título de una obra, elijamos el sexo del protagonista.

Gerardo.- Pues no sé. Pero por qué no.

Renato.- Pues...

Gerardo.- De aquí no sale. Así que puedes hacer la prueba.

Renato.- A ver... El último cónyuge... La última cónyuge... Mmmm... El-úl-ti-mo-cón-yu-ge... La-úl-ti-ma-cón-yu-ge... Mmm... Elúltimocónyuge... Laúltimacónyuge... Pues...

Gerardo.- ...

Renato.- Pues... no sé.

Gerardo.- Eso lo podrías decidir después...

Renato.- ¿Y cuál sería su última voluntad?

Gerardo.- ¡Allí está el meollo de la obra!

Renato.- ¿Tú crees?

Gerardo.- Pues sí, aunque ya hay muchas historias que cuentan su última voluntad, ¿no? Esas de viejitos que ya saben que se van a morir y que hacen una lista de lo que es gustaría hacer, y...

Renato.- Esta última voluntad tiene que ser especial.

Gerardo.- ¿Sabes cual será mi última voluntad? Porque todos debemos tener una última voluntad, ¿no?

Renato.- Pues sí.

Gerardo.- La mía será ir al Valle de la Muerte.

Silencio.

Gerardo.- Estoy enfermo.

Renato.- ¡Pues sí!

Gerardo.- Tal vez como los cónyuges de esa desgraciada familia.

Renato.- ¿Qué te duele?

Gerardo.- Nada.

Renato.- ¿Entonces?

Gerardo.- Así nada más. Resultó que estoy enfermo.

Renato.- ¿Qué tienes?

Gerardo.- Cáncer.

Breve pausa.

Renato.- ¿Dónde?

Gerardo.- Es un primer diagnóstico.

Renato.- ¡¿Dónde?!

Gerardo.- Ufff. Es largo de explicar. En la médula, y en los huesos, y en los glóbulos rojos y blancos.

Breve pausa.

Renato.- ¿Leucemia?

Gerardo.- Algo parecido. Es como el primo hermano de la leucemia, pero muy buena onda.

Breve pausa.

Renato.- ¿Se va a curar?

Gerardo.- Poquito.

Renato.- ¿Por qué no me tomas en serio?

Gerardo.- Se vive, pero no se cura.

Renato.- ¡Háblame claro!

Gerardo.- Por lo menos cinco años, si no es que diez, o quince, o te mueres tú primero.

Renato.- ¡Se debe curar!

Gerardo.- Los estudios siguen en proceso.

Breve pausa.

Renato.- ¿Qué quieres hacer?

Gerardo.- No sé. Nada.

Renato.- ¿Cómo nada?

Gerardo.- ¿Puedo hacer algo?

Renato.- No te vas a quedar cruzado de brazos.

Gerardo.- No. Ya he hecho algunas cosas, como dejarme sacar litros de sangre.

Renato.- ¿Cuándo fue eso? ¿Por qué no lo noté?

Gerardo.- Porque tú tienes tus pedos.

Renato.- ¡Tú eres uno de mis pedos!

Gerardo.- ¡Qué honor!... Pero no te pongas así.

Renato.- Y yo hablándote de la muerte.

Gerardo.- Pero eso es normal. ¿Sabes que el 98 por ciento de la gente en el mundo piensa por lo menos una vez al día en la muerte? Y peor aún, los mayores de 30 años piensan diario en la muerte.

Renato.- ¿De dónde sacaste eso?

Gerardo.- De la tele, para que veas que la tele educa.

Renato.- No te creo.

Gerardo.- Porque eres un telenoveler de closet. Y nunca ves programas de esos.

Renato.- No te creo que estés enfermo.

Breve pausa.

Gerardo.- Tengo una historia de conejos que te puede gustar. Tal vez la puedas escribir. Resulta que había un señor muy humilde que se encontró un conejo en un callejón oscuro. El señor pensó en comérselo, porque además el conejo era extraordinariamente grande. El señor encontró un palo, y una vez que logró arrinconar al gran conejo, levantó el palo para sorrajárselo en la cabeza, y allí vio su rostro. El conejo, con los ojos vidriosos,

le pidió clemencia. El señor se enojó porque no tuvo los tanates de matar al conejo. “Ahora te tienes que ir a vivir a mi casa...”

Renato.- ¡No me gusta!

Breve pausa.

Gerardo.- Pues así es, ¿Que le hacemos?

Renato.- Tampoco me gusta la historia.

Gerardo.- No me dejaste terminar.

Renato.- ¿No quedó de venir?

Gerardo.- ¿Quién? ¿El conejo?

Renato.- Mario.

Gerardo lo observa.

Gerardo.- Ni cómo ganarte en el arte de hacerse pendejo...

Renato.- Te quería dar una sorpresa.

Gerardo.- Ya casi me la das, ¿no? Sospecho.

Renato.- Quiero que celebremos nuestros 5 años en Europa.

Breve pausa.

Gerardo.- ¿Es en serio?

Renato.- Sí.

Gerardo.- Falta un año.

Renato.- Pero ya lo empecé a planear. Desde ahorita.

Gerardo.- Ufff. ¡Qué chingón!

Renato.- París, Roma, Berlín.

Gerardo.- ¿Y cuándo me lo ibas a decir?

Renato.- Más adelante. Tal vez en diciembre.

Gerardo.- Faltan 6 meses.

Renato.- Sí...

Gerardo.- ¿Y por qué me lo dijiste ahorita?

Renato.- ...

Gerardo.- ¿Por si no llego? Deja de preocuparte, hombre, mínimo mínimo me echo otros dos años en este mundo.

Renato.- No quise decir eso.

Gerardo.- Pero yo sí. ¡Y bueno, Europa! Ufff. ¡Gracias! ¡Qué regalazo!

Renato llora discretamente.

Gerardo.- ¿Qué tienes?... No llores...

Renato.- (*Riendo*) No lloro, se me metió una basurita...

Renato y Gerardo.- ¡Una pajita se te va a meter si sigues así!

Ambos ríen.

4. El pintor calvo.

Mario y Renato.

Mario.- ¿Y qué piensas?

Renato.- Estaría siendo incongruente.

Mario.- ¿Y eso qué?

Renato.- Exacto. Eso qué. Voy a retirar la propuesta.

Mario.- ¿Vas a transferirlo?

Renato.- Habrá quién.

Mario.- Eso siempre.

Renato.- Quiere ir al Valle de la Muerte.

Mario.- ¿Y eso?

Renato.- Pues me lo dijo, o me lo sugirió para uno de mis personajes... Esos que no he escrito todavía...

Mario.- ¿Dónde está?

Renato.- No tarda.

Mario.- Hablo del Valle de la Muerte.

Renato.- Aquí cerca. En California.

Mario.- ¿Y para qué quiere ir?

Renato.- Le parece ingenioso.

Mario.- ¿El lugar le parece ingenioso?

Renato.- El nombre.

Mario.- ¡Está loco!

Renato.- Lo adoro, al cabrón.

Mario.- ¿Pero qué hay en el Valle de la Muerte? ¿Hay algo atractivo? Me lo imagino como un parque de diversiones... Y más si está en California.

Renato.- No hay nada. Mucha sequía, mucho calor.

Mario.- Como el infierno...

Renato.- ¿Qué hago?

Mario.- Llévalo.

Renato.- No, ¿qué hago con la transferencia?

Mario.- Renuncia.

Renato.- Estoy a punto de ganarte.

Mario.- ¿El va a renunciar?

Renato.- Sí... La verdad es que no. Le gusta mucho la vida.

Mario.- ¿Entonces?

Renato.- Ayúdame.

Mario.- La única forma de ayudarte es tirarme a la yugular... Y joderte.

Renato.- ¡Qué cabrón!

Mario.- Quedamos desde el principio que una cosa era nuestra amistad y la otra nuestra manera de pensar. Así que más vale que retires tu iniciativa.

Renato.- Anoche soñé con Tennessee Williams. ¿Sabes quién es? Me decía: Oye, tú eres un gran dramaturgo, yo también, pero además tú eres un gran abogado, yo no. ¿Qué te parece si te dedicas a las leyes y así me dejas libre la dramaturgia? Y entonces yo sacaba una pistola y se la vaciaba. Mi pistola disparaba aceitunas, y nunca dio en el blanco, salvo una, que se le metía a Tennessee Williams en la garganta, y se moría atragantado... Qué bonita la sonoridad de esa palabra, ¿viste? a-tra-gan-ta-do. Después desperté, y se me ocurrió una gran idea para una nueva obra de teatro. Por eso el sueño, porque el legado de Tennessee Williams seguía a través de mí.

Mario.- Renato...

Renato.- Es la historia de un pintor, que desde los 15 años pinta los cuadros más hermosos que se hayan visto. Lo grandioso de sus pinturas está en los colores que usa. Todos los críticos se sorprenden de los colores, y a muchos de ellos ni siquiera le encuentran el nombre. Lo misterioso del caso es que el joven pintor se encierra para trabajar, y no permite que nadie lo vea. El secreto consiste en que el pintor pinta con su cabello. Es decir, se arranca un pelo y de allí salen los colores únicos...

Mario.- Renato...

Renato.- Y de pronto, zas... El pintor cumple años, y a los 22, se empieza a quedar calvo. Tiene que pintar, y pintar, antes de que el pelo se le caiga por completo. Pero es tanto lo que pinta, que empieza a repetir las mismas ideas, porque su alma está inmadura... ¿Te gusta?

Mario.- Sí. Me gusta.

Renato.- Y al final... El pintor se queda calvo, y ya no puede pintar, y se suicida.

Mario.- Ese final es predecible.

Renato.- Es un final temporal, para salir ahorita del paso. Pero ya voy a pensar en otros finales.

Mario.- Que chingón sería que la vida tuviera muchos finales.

Renato.- La pinche vida tan predecible.

Mario.- Te propongo una tregua. Si le hacemos la transferencia a Gerardo, yo desvío la atención a otra cosa.

Renato.- ¿De veras?

Mario.- Hay muchos asuntos en los que nos podemos entretener en la cámara.

Renato.- A ver, déjame ver si entendí. Tú, que vas con todo para que no desaparezca la transferencia, te haces buey y no contradices mi postura de desaparecerla. ¿es así?

Mario.- Así mero.

Renato.- Y yo, que estoy en contra de la transferencia, y que quiero legislar para erradicarla, la uso por debajo del agua, y luego la combato.

Mario.- Exactamente... ¿Algún problema ético?

Renato.- No estoy tan seguro.

Mario.- Si no tienes ningún problema ético, entonces no tienes ninguna convicción por legislar la transferencia.

Renato.- A lo mejor no tengo ningún problema ético porque soy político.

Mario.- Eso es un lugar común... Eso no te conviene como un personaje... activo de la sociedad.

Renato.- Parece hecho a propósito.

Mario.- ¿Qué?

Renato.- Gerardo me contó la historia de un hombre que encontró a un conejo inmenso, y lo iba a matar para comérselo, pero el conejo lo vio a los ojos, y el hombre se arrepintió. El conejo entonces lo obligó a irse a vivir con él. Todo el día estaba el hombre con el conejo, hasta que éste le arranco una oreja como si el hombre fuera de chocolate. Después la otra, después la nariz, después los ojos de cereza, hasta que se lo terminó. ¡El conejo se terminó al hombre! Y todo porque este se compadeció de él.

Mario.- ¿Qué me estás queriendo decir?

Renato.- Más bien habría que preguntarse qué es lo que Gerardo me está queriendo decir a mí.

Mario.- Pues el hombre tuvo compasión...

Renato.- Sí.

Mario. Y al final el hombre es el que vale madre.

Renato.- Como la anécdota de la rana y el alacrán.

Mario.- Vayan a donde tengan que ir. ¡Chíngate a todos los que puedas en pro de comerte al conejo! ¡Conviértanse en conejos, qué madre! ¡A la verga la transferencia! ¿No?

Renato.- ¿Conoces a alguien que quiera hacerse la transferencia?

Mario.- Vamos al hospital. Allí vemos la lista de espera.

5. La decisión de la transferencia

Gerardo y Renato.

Descansan. Gerardo se ve muy cansado.

Renato.- Me habló Fernando del Hoyo.

Gerardo.- ¿Quién es?

Renato.- Un crítico de obras de teatro. Tomé un taller con él.

Gerardo.- Pero tú lo que quieres es escribir obras, ¿no?

Renato.- El taller que tomé con él era de dramaturgia, no de crítica.

Gerardo.- Órale... ¿Y qué quería?

Renato.- Me preguntó que si había entrado al Concurso Nacional de Teatro. Que porque, aquí entre nos, él es jurado, y que en un descuido, con un leve empujón, podría yo ganar el Concurso. ¡Imagínate, dan doscientos mil pesos de premio!

Gerardo.- ¿Eso dan?

Renato.- Me dijo que podríamos ir a michas.

Gerardo.- ¿Te cae?

Renato.- Le dije que estaba cabrón, que no aceptaba, que porque a mí me gustaba mucho el dinero, y que a la hora de la hora me iba a querer quedar con todo el dinero. Que mejor no.

Gerardo.- ¡Uta!, ¿y no lo vas a denunciar?

Renato.- No. Me da pudor. Fernando del Hoyo está decrepito el pobre. Escribió algunas obras de teatro, pésimas, y su frustración y su miseria lo llevan a hacer este tipo de cosas.

Gerardo.- Oye, ¿pero tú entraste al Concurso Nacional?

Renato.- No. Estuve a punto, pero nunca terminé de escribir la obra.

Gerardo.- Te cuestan trabajo los finales, ¿verdad?

Renato.- Sí...

Gerardo.- Sí. Siempre los finales resultan difíciles. La ventaja es que cuando pones el punto final, pues ya no hay otros puntos finales qué poner, y así no hay marcha atrás.

Renato.- No en el teatro, por lo menos eso decía Fernando del Hoyo.

Gerardo.- Pues por las referencias que me das, no tendríamos que hacerle mucho caso, ¿no?

Renato.- Tienes razón. Porque efectivamente, los finales resultan difíciles.

Gerardo.- ¿De qué trataba la obra?

Renato.- Todavía no cuaja... Bueno, en mi mente ya cuajó... Pero bueno, no estoy muy seguro.

Gerardo.- Yo tengo una historia que a lo mejor te puede interesar.

Renato.- A ver.

Gerardo.- Si no te gusta, no hay pedo, ¿eh? Es la historia de un hombre mayor que muere, y que deja una carta como última voluntad, en la que pide que lo incineren, y que tiren sus cenizas "donde sus deudos ya saben". Este señor presumía que sus hijos lo conocían muy bien. El caso es que deciden ir a tirar sus cenizas al mar, como es el deseo de casi todo mundo, ¿verdad? Entonces cuando van de regreso al barco, los hijos gimoteando, y la esposa desconsolada, se dan cuenta de que la urna sigue llena.

Renato.- ¿Cómo?

Gerardo.- Sí. Está llena de ceniza.

Renato.- ¿Entonces no la vaciaron?

Gerardo.- Sí.

Renato.- ¿Entonces?

Gerardo.- No era allí, por eso se llenó.

Renato.- ¿No era en el mar?

Gerardo.- No.

Renato.- ¿Y entonces en dónde era?

Gerardo.- Pues que ahí tienes a la familia reunida. Porque hacen otro intento, y van y tiran las cenizas ahora a los viñedos. ¿Y que crees? Que cuando van de regreso, la urna se vuelve a llenar de cenizas.

Renato.- ¡Órale!

Gerardo.- ¿Qué?

Renato.- ¡Que está chingonsísima!

Gerardo.- ¡Es tuya!

Renato.- Y entonces la obra puede empezar en alta mar, y luego de allí se van a los viñedos...

Gerardo.- Es mejor que eso lo platiquen.

Renato.- ¿De plano? ¿Así, al público? ¿Directo?

Gerardo.- No, porque me parece que así va a ser muy aburrido. Yo pienso que entre ellos. Y así puede empezar la obra. En la sala familiar, todos reunidos, entendiendo que mientras no encuentren el lugar donde el padre quería descansar, la urna se seguirá llenando. Entonces tienen que pensar cuál sería el lugar ideal para el papá. La situación difícil será que se pongan de acuerdo.

Renato.- ¿Y si no vacían la urna? ¿Y si deciden dejarla arriba de la chimenea?

Gerardo.- No pueden, porque poco a poco se va llenando, y se desborda.

Renato.- Ufff. ¡Pues qué problema!

Gerardo.- Y allí pueden salir varias propuestas.

Renato.- ¿A qué se dedicaba el señor?

Gerardo.- No lo sé. El dramaturgo eres tú.

Renato.- Pues no sé.

Gerardo.- A lo mejor tendríamos que saber.

Renato.- O puede ser un hobby. A lo mejor al señor le gustaba el golf.

Gerardo.- ¿O sea que tienen dinero?

Renato.- No, ¿verdad?... ¿O sí?

Gerardo.- Tiene que ser algo especial... Tal vez al Valle de la Muerte.

Renato.- ¡Órale! ¡Es una buena idea! (*Breve pausa*) ¿Y qué haría allí.

Gerardo.- Nada... No sé... Es el Valle de la Muerte. No hay nada después de la muerte.

Renato.- ¿Tú crees?

Gerardo.- No conozco.

Renato.- ¿Quieres ir?

Gerardo.- No te distraigas. Estábamos con el señor que quería que sus cenizas estuvieran en el Valle de la Muerte, ¿no?

Renato.- ¿Quieres ir?

Gerardo.- Quiero la transferencia.

Silencio.

Renato.- Puede ser una historia de terror...

Silencio.

Renato.- La de la urna que se llena con cenizas porque no la han vaciado...

Gerardo.- Las historias de terror son las que más abundan.

Renato.- ¿Estás dispuesto a todo?

Gerardo.- Incluso a ir al Valle de la Muerte.

Renato.- ¡Vamos a hacerlo!

Gerardo.- ¿Y tus principios?

Renato.- Mis principios aquí empiezan.

Gerardo.- ¿Y si no fuera yo el que la necesita?

Renato.- No sería mi problema.

Gerardo.- ¡Qué cabrón estás!

Renato.- Es cuestión de principios...

Gerardo.- ¿Y Mario?

6. La tregua

Gerardo y Mario

Gerardo.- ¿Vas a aprovechar para chingarlo?

Mario.- Va a ser una tregua.

Gerardo.- No creo.

Mario.- Ambos te queremos.

Gerardo.- La palabra “tregua” es muy grandota.

Mario.- Cree en mi palabra.

Gerardo.- Cuando tenía 14 años, me di cuenta que era gay. Como muchos de nosotros, mi principal miedo era decirle a mi papá.

Mario.- ¿Se te notaba?

Gerardo.- ¡¿Yo cómo voy a saber?!

Mario.- Es importante.

Gerardo.- No. Nunca se me ha notado.

Mario.- Ahora sí se te nota.

Gerardo.- Porque tú ya sabes.

Mario.- Y porque tú también ya sabes que no hay bronca. Te relajaste, pues.

Gerardo.- ¡Estamos hablando de otra cosa!

Mario.- Perdóname.

Gerardo.- (*Tras una breve pausa*) No... Te lo agradezco... En fin, yo tenía 14 años, y me di cuenta de todo lo que tenía eran mis padres, y por eso les tenía que contar que yo era gay. Pero tenía que idearlo de tal manera, que lo único que se me ocurrió es proponer una tregua.

Mario.- ¿Estaban de pleito?

Gerardo.- No. Pero sabía de la incontrolable homofobia de mi papá.

Mario.- ¿La homofobia no se puede controlar?

Gerardo.- Es una manera de decirlo.

Mario.- Como si la homofobia fuera una enfermedad incurable.

Gerardo.- Él no lo podía controlar. Se distanció de su único hermano, porque éste tuvo un hijo gay. ¡Imagínate tú, su único hermano! ¿Qué le iba a decir ahora?

Mario.- Que su hijo estaba enfermo, y que había que hacerle una transferencia. Estaría bien, ¿no?

Gerardo.- Sabes que siempre lo admiré muchísimo.

Mario.- Pero tenía ese “pobemita”. Y claro, para él el del “pobemita” eras tú.

Gerardo.- Entonces les propuse una tregua, y lo primero que me dijo mi papá era justamente eso: Que para tener una tregua, necesitábamos estar en guerra. Y entonces, sin más ni más, le dije: ¡Chinga tu madre, papá! ¡Chinga tu madre, mamá! ¡Chinguen a su madre los dos! Se me quedaron viendo con ojos de plato... No se lo esperaban. ¡Los sorprendí! ¡Ahora sí, quiero una tregua! Ellos se voltearon a ver, para intentar entender lo que estaba pasando, y entonces alcé más la voz: ¡¿Estamos en tregua?! ¡Díganme rápido! ¿Estamos en tregua? ¡Porque si no estamos en tregua no puedo seguir! Yo no paraba de hablar, de gritar, de exigirles que me aseguraran que estábamos en una tregua. Mi papá estaba entre sorprendido y divertido. Mi mamá me veía a mí, y lo veía a él. Yo seguía como loco, sin parar de hablar. Pero ciclado. Y de pronto, mi papá alzó su voz grave y me grito: ¡Estamos en tregua!... Se hizo un silencio profundo, todos nos volteamos a ver, pero al final, ellos me veían a mí, esperando las consecuencias de la tregua. Soy gay, les dije. Mi papá se quedó estupefacto. Ya no estaba medio divertido. No me quitó la vista de encima, mi mamá lo veía a él. Le preocupaba más que yo...

Silencio.

Mario.- ¿Y luego? ¿Te madreó?

Gerardo.- No. Siguió viéndome, y se le llenaron los ojos de llanto. Las lágrimas eran gigantes. No pude más, porque nunca lo había visto así, y tenía ganas de abrazarlo...

Mario.- ¿Y lo abrazaste?

Gerardo.- No. Salí corriendo... ¿Sabes por qué no me madreó?... Porque teníamos una tregua.

Mario.- Ufff.

Gerardo.- ¿Te imaginas lo que para mí significa la palabra “tregua”?

Mario.- Me imagino.

Gerardo.- Pues así espero que sea la tregua entre tú y Renato.

Mario.- Así será. Lo importante entonces es buscar a quién transferirte.

Gerardo.- ¿Te imaginas que la homosexualidad se pudiera transferir?

Mario.- Seguramente sería muy requerida a edades tempranas, y ya después supongo que no tanto.

Gerardo.- El problema tal vez sería encontrar a quien transferirla.

Mario.- A otro homosexual.

Gerardo.- (*Irónico*) Pero dicen que menos más menos da más. ¡Imagínate que a aquel gay que le transfieran una homosexualidad se convierta en heterosexual!

Ambos ríen.

Mario.- Estaría en chino entonces encontrar a alguien que quisiera recibir la homosexualidad. ¡Imagínate, el hétero se hace gay, y el gay se hace hétero! ¿Dónde encuentras voluntarios!

Gerardo.- No te creas. Conozco a muchos a los que no les gustaría ser gays.

Mario.- ¿A ti no te gustaría?

Gerardo.- Ahora estoy muy bien, soy feliz con el histórico de Renato. Pero cuando lo descubrí, sufrí mucho.

Mario.- ¿Y después? ¿Qué pasó con tu padre?

Gerardo.- Después de no hablar durante un mes, hablamos del asunto. Lo único que me pidió es que no lo gritara a los cuatro vientos. Que no se me notara.

Mario.- Lo lograste.

Gerardo.- En realidad no hay necesidad de que se note. Eso es lo que lo hace especial, y la homosexualidad no debe ser especial de ninguna manera.

Llega Renato.

Renato.- ¡Listo! (*Nota la presencia de Mario, se detiene un poco*)

Mario.- ¿Qué?

Renato.- No esperaba verte.

Mario.- Ya me iba.

Silencio. Nadie se mueve.

Renato.- ¿Y luego?

Mario.- Nada. Hablando de las treguas.

Renato.- Muy bien... Qué interesante.

Gerardo. ¡Ya, dilo! No pasa nada con este buey.

Mario.- Eso es justamente lo que se llama “tregua”.

Renato.- Encontré a alguien.

Mario.- ¿Dentro de lo legal o de lo ilegal?

Gerardo.- ¡Tregua!

Mario.- Efectivamente... Adelante.

Renato.- (A Gerardo) ¿Estás seguro?

Gerardo.- ¡Dale!

Renato.- Casi setenta y dos. De extracción humilde.

Mario.- ¡Legal!

Renato.- ¡Siempre!

Mario.- Pero tú lo quieres convertir... (Se interrumpe) Tregua...

Renato.- Es viudo. Sus hijos ya tienen su propia familia.

Mario.- ¿No es gay?

Renato.- ¡¿Qué tiene que ver?!

Mario.- Perdón, sólo era una pregunta...

Renato.- Pues qué pregunta tan estúpida.

Gerardo.- Cuanto quiere.

Renato.- Quería trescientos.

Gerardo.- ¿Qué?

Renato.- Lo negocié. Quedó en setenta y cinco.

Silencio.

Gerardo.- ¿Eso costó la vida de ese hombre?

Renato.- Él le puso ese precio.

Mario.- O tú se lo regateaste.

Renato.- ¿Ya ves por qué tiene que desaparecer ese horror?

Gerardo.- Ofrécele más.

Silencio.

Renato.- ¿Cuánto?

Gerardo.- Los trescientos que pide.

Renato.- ¡Es mucho!

Gerardo.- ¿No los ganas?

Mario.- Es la ley de la oferta y la demanda.

Renato.- La oferta y la demanda en este caso queda en setenta y cinco.

Gerardo.- Trescientos o nada.

Renato.- ¡Vas a perjudicar al anciano!

Gerardo.- ¡Lo voy a perjudicar si le damos setenta y cinco!

Renato.- ¡Eres necio!

Gerardo.- Que valga la pena.

Ambos voltean a ver a Mario. Después de una breve pausa.

Mario.- (*Alza las manos*) Tregua...

7. El valle de la muerte

Los tres personajes están recostados en la arena, viendo el cielo. El espectador los ve desde plano cenital.

Renato.- ¿Crees que veremos alguna estrella fugaz?

Gerardo.- Está es la fábrica de estrellas fugaces. De aquí salen para todo el mundo.

Mario.- Fugaces son, así tienen que ser.

Renato.- Todo lo chingón es fugaz.

Mario.- Hasta el orgasmo.

Gerardo.- Hasta la propia vida.

Renato.- El orgasmo es una microvida.

Mario.- ¿La viste?

Gerardo.- ¿La vida?

Mario.- ¡La estrella! ¡Allá!

Renato.- ¡Allá está otra!

Gerardo.- ¿Qué pensarán?

Renato.- ¿Las estrellas?

Gerardo.- Si piensan, ¿tendrán conciencia? ¿Es un último acto suicida? ¿Es el momento más álgido de sus vidas?

Renato.- Y después la muerte.

Gerardo.- Pero qué mejor lugar que en el Valle de la Muerte para vivir el orgasmo de las estrellas.

Mario.- ¿Cuál orgasmo?

Gerardo.- El de dejarse ir, así nada más, sabiendo que es tu último acto. ¡Pum!

Mario.- Privilegios del suicida.

Gerardo.- El privilegio del suicida es tener plena conciencia de la muerte. Poder razonar, comunicarse, platicar. Porque el que se muere en accidente no tiene ese privilegio, y el que agoniza, no puede pensar, o por lo menos no puede comunicarse. (*Breve pausa*) También es mi privilegio.

Renato.- ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

Gerardo.- Estamos en El Valle de la Muerte. Tenemos que hablar de eso. Disfruta el silencio. Lo mejor de la muerte debe ser el silencio.

Mario.- Y lo oscurito.

Renato.- Échale leña al fuego.

Gerardo.- Cuando éramos niños, que todavía creíamos en el infierno, un amigo se atrevió a cuestionar que el infierno no era una fosa de fuego, con peroles con aceite hirviendo por todos lados. ¿Y entonces cómo?, le preguntamos. Pues qué tal que todos tenemos nuestro infierno personal, nos dijo. Por ejemplo, me preguntó, ¿qué es lo que más odias hacer? Yo dije, ¡levantar las cacas del perro! ¡Pues ese será tu infierno!, me dijo. Va a haber una banqueta larga, larga, larga; sin fin; llena de cacas de perros.

Gerardo y Mario ríen. Renato se queda serio.

Gerardo.- Otro dijo que lo que más odiaba en el mundo era tender la cama, y nos imaginamos una hilera interminable de camas destendidas. Otro dijo que ir a misa, y entonces pensamos que cuando el cura dice, “podéis ir en paz, la misa ha terminado”, en ese infierno el cura decía: “No podéis ir en paz, la misa no ha terminado, y volvemos a empezar”

Gerardo y Mario siguen riendo.

Mario.- Y si alguien dice que odia bañarse, imagínate que cuando sale de la regadera, en realidad entra a otra, y así, por toda la eternidad.

Renato.- (*Serio*) Y supongo que los infiernos van cambiando con la edad.

Mario.- Claro, porque cuando estás chico es cuando odias bañarte, y cuando estás grande, odias otras cosas.

Renato.- (*Serio*) ¿Y entonces el cielo también es individual?

Mario.- Metido en una carreta de tacos, comiendo por toda la eternidad, sin que te hagan daño, y sin que te enfaden.

Gerardo.- O teniendo sexo sin hastiarse.

Renato.- Pero esos son pecados capitales. Es ilógico.

Mario.- ¿Cómo?

Renato.- Estás diciendo que los premios en el cielo son los pecados.

Gerardo.- A mí no me parece ilógico. Lo más divertido de la vida son los pecados. Y si fuiste al cielo, es porque cometiste pocos pecados. Y además te arrepentiste. Así que tu premio es poder cometer pecados sin culpa alguna, sin castigo alguno.

Mario.- Como la gula y la lujuria.

Renato.- Y la envidia.

Gerardo.- ¡Ándale!

Renato.- Y el asesinato...

Silencio. Gerardo y Mario se quedan pensando.

Gerardo.- ¿Creen que también los pecados mortales estén incluidos?

Mario.- ¿A poco no has tenido nunca ganas de matar a alguien?

Gerardo.- Pues sí, pero que se pudiera matar temporalmente, ¿no? Mientras se te pasa la muina.

Renato.- ¡Esto es muy serio! (*Gerardo y Mario se sorprenden. Breve pausa*) ¡A mí no me parece gracioso nada de lo que han dicho! ¡Vinimos hasta acá, pospusimos la transferencia!, ¿y ustedes están hablando de cielos e infiernos?

Gerardo.- Esas son las únicas pláticas de las que nos vamos a acordar. Así que relájate.

Renato se levanta. Gerardo y Mario se quedan donde están, de tal manera que la perspectiva se rompe, como en una imagen cubista.

Renato.- Mi infierno será repetir una y otra vez la transferencia. Que te la hagas, y que no funcione, y que te la tengas que hacer de nuevo, y así, hasta la eternidad.

Gerardo.- ¿Te diste cuenta lo que dijiste? Que tu infierno será que yo no me muera.

Renato.- ¡Estás malinterpretando...!

Gerardo.- (*Muy tranquilo. A Mario*) ¿Tú escuchaste algo diferente?

Mario.- Eso exactamente.

Renato.- ¡Me voy!

Gerardo.- ¿A dónde?

Renato sale de escena. Regresa inmediatamente.

Gerardo.- Morirse es el acto más indigno que conozco. Terminas horizontalmente.

Gerardo se incorpora. Se ve muy enfermo, muy cansado, muy débil.

Gerardo.- Mi cielo será venir al Valle de la Muerte una y otra vez, y acostarme sobre la arena, y ver estrellas fugaces, y platicar sobre nuestros cielos y nuestros infiernos. Y quiero que mis cenizas las traigas aquí. Aunque sea un acto aparentemente simbólico, pero tenemos que prevenir. ¿Qué tal que efectivamente quedes en donde quedan tus cenizas? Un pedacito de ti, en todo lugar. Imagínate si pudiéramos contar el número de partículas de las cenizas. ¡Podríamos estar en todas partes!

Mario se incorpora.

Mario.- Ahora está de moda que las cenizas humanas se conviertan en diamantes.

Gerardo.- ¡No! Que no hagan eso conmigo. ¡No quiero acabar en el cogote de una vieja millonaria! Mejor dejas un poquito de mis cenizas aquí, otro poquito en nuestra casa, para vigilarte, otra poquita en el mar, ya sé que es cliché, pero no me importa... Y otra poquita...

Gerardo se interrumpe. Silencio.

Gerardo.- La verdad es que no me quiero morir. Porque es como si nos apagaran la luz, y ya. Nada que hacer. Ni cielos, ni infiernos, ¡ni siquiera un chingado fantasma!... Ni una reencarnación, aunque fuera en conejo. ¡Y la vida está a toda madre!

Renato.- ¡Movámonos!

Gerardo.- ¿Te acuerdas de la historia del señor que se encontró un conejo gigante y no lo pudo matar?

Mario.- ¿Cuál?

Gerardo.- Era muy humilde y se lo encontró, y cuando lo iba a matar, el conejo le pidió clemencia, y a cambio, el señor pidió que el conejo se fuera a vivir a su casa. De por sí, la casa del señor estaba bastante jodida. Pero estableció una relación filosófica con el conejo. Platicaban por las tardes, y el señor humilde entendió que su esencia estaba reflejada en ese conejo grandote. Era un pedote, eso sí, esconder al conejo cada vez que llegaba una visita, pero el señor humilde supo que esa era la única manera de llegar con alegría al final de la vida. ¡De eso se trata esta chingadera!, de llegar al final de la vida con alegría, con júbilo, con entusiasmo. ¡Aunque suene contradictorio!

Renato.- Tú me contaste otra historia. Que el conejo se comía al hombre.

Gerardo.- Esa fue una historia inventada. La verdadera historia es esta.

Renato.- Pues esta parece parece proselitismo religioso. ¡Ahora nada más falta que digas que la felicidad está en el amor al Señor!

Gerardo.- Pues no sé donde chingados esté la felicidad, pero lo único que me queda claro, es que mi felicidad está en morir en este momento, y no la voy a amargar con tus dudas y tus llantos. Además, la buena noticia es que ya no te vas a preocupar por los 300 mil pesos, ni siquiera los setenta y cinco. Con que gastes 10 o 15, para que me cremes.

Renato.- ¡Y fin de la historia!

Gerardo.- ¡El mejor final que vas a conocer en tu vida! ¡El mejor en la realidad y en la ficción! Y yo terminaré siendo ese conejo gigante y espero que tú quieras ser ese señor humilde que lo quería matar. Y vendremos aquí hasta que tú también te mueras.

Mario.- Y después.

Gerardo.- Eso no lo sabemos. Tal vez es sólo un apagador, como el de la luz. Lo demás, es parte de la vida.

Mario.- ¿Qué?

Gerardo.- La vida está tan a toda madre, que tenemos una gran necesidad de crear más vidas después de la vida. Pero nada de eso sirve.

Renato.- ¡Vamos a poner remedio a este asunto!

Gerardo.- ¡Ya se lo pusimos! Por eso estos conejitos viajamos hasta aquí. ¡Y aquí nos quedamos!

Renato.- Traicioné mis principios sobre la transferencia, como tú me dijiste, todo por ti. Me humille ante este cabrón, y resulta que todo fue para nada. ¡De todos modos no va a haber transferencia! ¡De todos modos te vas a morir! ¡Pues chinga tu madre!

Renato sale. Gerardo se sienta en el piso. Se ve agotado. Mario no sabe qué hacer.

Mario.- ¿Cómo estás?

Gerardo.- Bien. Sofocado, pero bien.

Mario.- Va a hacer calor.

Gerardo.- Dame unos minutos y nos vamos.

Mario.- ¿Quieres que vaya a buscarlo?

Gerardo.- No se fue lejos. Lo conozco. Pero no puede con esto.

Mario.- Sí, lo vi.

Gerardo.- Yo tampoco puedo. Pero no nos queda de otra.

Mario.- Nos queda la transferencia. Los setenta y cinco, como quiera los pagamos.

Gerardo.- Está cabrón...

Mario.- Él ya había aceptado. El más aferrado opositor a la transferencia.

Gerardo.- No me quiero morir... Eso me dice que todavía gozo de buen juicio. Y el buen juicio me dice que no debo hacer la transferencia.

Mario.- Como tú quieras.

Gerardo.- Ya lo voy a contentar. Para eso me pinto solo. ¿Y sabes qué? Ahora que sé que estoy a punto de morirme, me doy cuenta que yo estoy de acuerdo con él. ¡Abajo las transferencias!, y mira que corro el riesgo de que me dejes aquí.

Mario.- Lo bueno es que nunca nos vamos a poner de acuerdo. Ni tú, ni él, ni nadie. Así que para que discutir más... ¿Quieres caminar?

Gerardo.- Sí, hasta que se me acaben las fuerzas.

Mario.- Vámonos, pues. Que ya nos van a encontrar.

Ambos personajes caminan hacia el fondo del escenario, donde hay una carretera inmensa, que divide el Valle de la muerte, mientras lentamente se hace el

Oscuro Final.

Tijuana, B.C. 2 de Noviembre de 2015.